

Huyen las gallinas despavoridas bajo las matas.
 Cuando, pequeño y rápido como una bala
 se ve el pitirre que en persecución del guaraguao se lanza.

Viene de los negros laureles de copa abultada.
 Ha estado de pie, ante los campos y la ráfaga,
 enhiesto, como una flecha animada
 sobre el solitario dedo de las reales palmas.
 Viene del corazón puertorriqueño, de la masa
 de nuestra sangre. Nació en nuestras venas, en la más alta
 pulsación del ser nativo, en la palabra
 que nos creó, en la primera luz de la madrugada
 del primer día, en el primer rocío, en la primera gana
 de ser lo que somos, en el primer manantial que brotara,
 en la primera raíz que reventara
 en la primera tierra oreada.
 Viene del corazón de Agüeybana.
 Y cuando canta, canta, canta:
 —Pitirre, pitirre, pitirre —es como si gritara:
 Patria, Patria, Patria!

El pitirre es pequeñín, altivo y rico en maña.
 Nunca se mira el tamaño su valentía alebrestada.
 (El guaraguao es muchas veces sus alas).
 Pero él es veloz, es ágil; su fuerza se agiganta
 en el combate, su pico se multiplica en la batalla.
 Es como el Cemi de la furia; es como un meteoro su picada.

Cuando en el cielo de la tarde o de la mañana
 contempla el puertorriqueño sus hazañas,
 le ríen los ojos, le ríen los dientes, le ríe el alma.
 Sobre el ave grande lo manda:
 —Pícala, pícala, pícala.
 Por debajo de las alas.
 Por el lomo de plumas encrespadas.
 Por la cabeza pelada.
 Por el buche, por la cola erizada.
 Pitirre: pícala, pícala, pícala.

El guaraguao huye como una bandera desquiciada.
 Lo persigue el pitirre con insaciable saña.
 Y el hombre, la mujer, el niño con el alma calmada
 dicen desde hace siglos: —cada
 guaraguao tiene su pitirre.

Patria

de primaveras sosegadas,
 patria de frentes martirizadas,
 de manos trabajadas y cercenadas
 y de sinsabores castigada.
 ¡Patria de guaraguaos abusada!
 Toda la sangre, todas las ansias,
 toda nuestra fe, toda la fuerza que alcanza
 a extender el arco de nuestra ánima
 se perfila en nuestro ser en la espontánea
 admiración, en la pasión fijada
 con que el hombre, la mujer, el niño, alzan
 sus ojos al cielo: al cielo azul con nubes blancas
 por donde el pitirre al guaraguao a picotazos desplumaba!
 ¡Oh patria, de pitirre esperanzada!

VII. INMEDIATA A LA IDEA

El verbo nace del fondo de la especie humana
 y en sus necesidades se substancia.
 Cuando hubo patria el hombre dijo patria
 Cuando hubo pueblo el hombre pueblo pronunciara.
 Cuando ya hubo qué cantar Juan de Castellanos cantara.
 Algo hay aquí por relatar y Torres Vargas lo relata.
 Estamos ya por historiar para que Inigo Abbad historiara.
 Letras hubo para fundar y nació Alejandro Tapia.
 Cuando el crepúsculo boricua, el de la noche y el de la mañana,
 tiñó de rosa y de ternura las hondas telas de nuestra alma
 cuando la boca de la doncella un beso al cielo enviara
 y en el velorio del muchacho bebiéronse juntos rones y lágrimas;
 cuando en la floresta el viento entre los sauces retozara,
 y entre las peñas el riachuelo ruidoso o manso deslizara,
 cuando dentro de la gente borincana
 gritara el clarín, y el bombardino sollozara,

José Campeche pintó sus tablas,
 Frasquito Oller su obra creara;
 en la Catedral de San Juan San Pío se levantara
 limpio en las fuentes de los órganos con que Gutiérrez lo bañara.
 Y en los salones y en las salas
 de polizones y de máscaras,
 Juan Morel Campos labró su estatua
 con la batuta levantada.

Una hora crepuscular con su gran pompa solemnizada
 sobre el mar de Puerto Rico otro de llamas derramara.
 Un oficial de artillería desde El Morro lo contemplaba.
 Su gran espíritu viril, su sensibilidad delicada,
 vibraron larga, largamente, como las cuerdas de un arpa.
 El mar inmenso cruzó un día y comió el pan de tierra extraña.
 Desde allá vió y desde allá sintió con las dos cuerdas de su arpa,
 y a una la quiso por la otra y las fundió en una sola aria.
 ¡Mirad, boricuas, al poeta dulce de la patria!
 ¡Mirad su endeble cuerpo enfermo y vedle la entereza del alma!
 ¡Sabed cómo quisieron abrirle la puerta falsa de la fama
 y ved como entró en la historia con su fina llave borincana!
 ¡Recordad cómo el hombre supo dejar Madrid y romper su
 [espada]

¡Venid a verle esta tarde soleada,
 mientras el mar de Atlante junto a las rocas su espuma
 [despedaza
 y hasta en la tumba que sus amigos fielmente le cavarán
 el tibio sol de su país penetra y esta querida tierra le idolatra!

Ayer me he parado en la colina, dominante y sacramentada,
 de Hormigueros, donde Ruiz Belvis apostolara.
 He meditado humilde y contrito en la Plaza
 de Cabo Rojo. Y he sentido como una ráfaga
 roja, muy roja, sobre mi frente calcinada.
 He sentido en mi corazón como una roja marejada.
 En Hormigueros el Informe me ha calentado como una llama.
 En Cabo Rojo la *Virgen de Borinquen* me ha mirado con su
 [dulce mirada].
 He ardido con los Manifiestos y he vitoreado las Proclamas.
 Y he gritado a todos los vientos como Betances gritara:

—¡No quiero colonia ni con España
 ni con Estados Unidos! ¿Qué hacen los puertorriqueños
 [que no se rebelan?]

Hoy he vuelto de Mayagüez y me he detenido en Río Cañas.
 Aquí ha nacido Eugenio María de Hostos, quien enseñara
 a pensar a un continente. ¡Gran Eugenio María! Todavía en
 [el aula
 madrileña, cuando apenas el bozo le apuntara
 y un puñado de pueblos por su pluma esperara,
 antes del desengaño y de la angustia, en el amanecer de
 [la esperanza,
 ¡qué prosa la que el peregrino Bayoán hablara!

Un día ese gran amor de ojos abiertos y de sienas iluminadas
 llegó donde Eugenio María. Tornasolado, el Avila.
 ¡Sonriente Caracas!
 ¡Ah mundo en flor! Escribía: "En aquellos momentos
 [se me lisonjeaba...
 "Era yo el representante más activo de las Antillas, que aún
 [necesitaban
 hombres como yo. Se festejaba a la patria
 en mi persona, y los puertorriqueños me recibían como la
 [encarnación de su esperanza,
 y los cubanos me recibían como al que su patria agradecida
 [recordaba.

Entre los que conocí aquella noche estaba
 el padre de Inda. Por el traje negligente, por las calurosas
 [palabras,
 por la vehemencia con que acentuaba
 mis opiniones, conocí en él un emigrado y un patriota. Me gustaba
 dirigirle la palabra,
 porque la recibía con calor de corazón". Así hablaba.

Como Bayoán a Marién, así conoció él a Inda. Su delicadeza
 [cautivaba.
 "Parecía transparente". Un sol desde sus adentros irradiaba.
 Aquella aparición inesperada
 objeto de su reflexión en el insomnio de su emoción inopinada
 desde entonces lo llenaba y lo desbordaba.